

**La música transparente  
te llegaba a la cintura.  
Froncosa y viva flotabas,  
isla de carne, en la música”.**

¡Complicada sencillez, límpida oscuridad, en donde emerge, isla siempre, nuestra pura isla de cada día, del día total, de siempre, la poesía, en donde no se pone el sol!

E. C.

---

## MUNDO POETICO DE AZORIN

Tengo ahora en mis manos una obra de Azorin: **Trasuntos de España**. Su lectura ha dejado en mi ánimo una pungente huella de melancolía; una inefable y vaga tristeza; algo como un aroma que me llegara desde la distancia o como un recuerdo lejano, vaporoso y poético. Es ésta la impresión que me producen siempre sus libros. Libros cuyo encanto radica en lo que no dicen, en aquello que vagamente insinúan.

El poeta mira hacia el pretérito con opresión sentimental y nostálgica. Y, de pronto, cuando menos lo imaginábamos, evoca una figura de mujer triste y pálida, Rosario; un hidalgo de provincia, digno, pobretón y enjuto; el perfume de una flor; una anécdota de juventud; un pueblecito lindo, soleado, de rúas solitarias y estrechas; un pueblecito con sus jardines familiares y sus árboles torcidos, con su vetusta iglesia y su fina y eréctil espadaña.

Azorin es el poeta de las cosas humildes. Va él por la vida con la pupila curiosamente abierta, pronta al deliquio, para descubrir todo aquello que no vio la gente presurosa, y una vez descubiertos nos revela su esencia, su belleza inalcanzable, su poesía abscondida. Este es el secreto del arte azoriniano. Un secreto que es, paradójicamente, una verdad al aire libre; una evidencia de cada hora. Veamos.

Todos hemos leído “La Celestina” de Rojas, libro de cruentas pasiones, de humano frenesí y trágica turbulencia. Parece que al leerlo nos perdiéramos en su vorágine; la locura de los protagonis-

tas se nos contagia a veces. Pero cuando el lector es Azorín, no se deja arrastrar por el torbellino ni pierde la cabeza. Mira despacio, prolijo y sutil. Su hallazgo no es trascendental sino sencillamente humano: Azorín ha reparado que Calixto y Melibea se casaron a pocos días de ser descubiertas las rebosadas entrevistas que tenían en el jardín. Esto, claro está, no sucede en la tragicomedia de Rojas. Azorín sueña para los héroes no la muerte trágica que tuvieron, sino una larga vida en la casa solariega, bajo la amable sombra de los naranjos y ante la indiferencia del cielo, nítido y próximo. Pasan los años. Un día cualquiera, Calixto contempla extático, desde lo alto de su azotea, el curvo vuelo de un neblí que se abate en la glorieta de su castillo. Tras el halcón viene un ardiente mancebo, el cual, al mirar la hermosura de Alisa —hija de Calixto y Melibea— se detiene azorado y la balbucea unas frases. “Calixto lo ve desde el carasol y adivina sus palabras. Unas nubes redondas, blancas, pasan lentamente, sobre el cielo azul, en la lejanía”.

¿No veis en este episodio un fiero y gentil deseo de escamotear la realidad de la tragedia? Azorín quiere una vida simple, sin complicaciones ni borrascas, una lenta y fácil sucesión de horas y de días. Lo que soñamos eterno es para él efímero, y, en cambio, lo que nuestra vanidad cree transitorio lo considera él permanente. Oid: “Las nubes nos dan una sensación de inestabilidad y eternidad. Las nubes— como el mar— son siempre varias y siempre las mismas. Sentimos, mirándolas, cómo nuestro sér y todas las cosas corren hacia la nada, en tanto que ellas —tan fugitivas— permanecen eternas”. Es la vieja lamentación de los poetas ante la fugacidad de las cosas. Por eso ama las nubes; porque en su cambiante modalidad halla la imagen fiel de la vida. Este amor suyo por las nubes se repite insistente, monótono, a lo largo de su obra.

También se repite, insistente, monótono, como la cantilena de una fuente andarina, su amor por España. Veamos en esta insistencia y veamos en esta monotonía la mejor prueba de su fidelidad. No es amor de un día, ni de una noche; no es un tópico literario; es un amor de siempre, entrañable y doloroso. Pero, ¡cuán distinto del amor de Unamuno! El de este viejo rebelde y quijotesco era un amor fanático, eruptivo y violento. Quería él volver a la cuna de la hispanidad, a rescatar el sepulcro de don Quijote, con el trabuco y el guijarro en las manos. El amor de Azorín no es tan frenético, es más meditado y consciente, tiene un tibio calor intelectual y una aureola de misticismo.

Ya los títulos de sus libros denuncian claramente su pasión por la gloriosa Hispania: **Lecturas Españolas, La Ruta de Don Quijote, Trasuntos de España, Castilla...** En ellos estudia a España, con morosa y amarosa exactitud, por todos sus aspectos. Su paisaje: la meseta castellana, árida, pelada y seca; la fértil vega andaluza; las costas luminosas del Mediterráneo; la playa cantábrica; el mar azul y mansueto de Valencia; el arisco mar de Vizcaya; los parajes desolados y ascéticos de Toledo. Las ciudades, pero no los hambrientos hormigueros humanos, sino las menudas aldeas enmarcadas en su égloga de colinas y plantíos. Llega Azorín a las aldeas abandonadas y todo lo mira: el perro vagabundo y canijo; la vieja trotaconventos; el hidalgo embozado en su capa raída o el caballero aldeano de corbata traspillada; el cura en el huerto de la casa parroquial; las casonas de amplios ventanales y jardines ruinosos. No se le escapa nada. Y cuando sale de unos de estos pueblecitos españoles, donde la existencia es un sórdido ejercicio, parece que se fuera llevando en el corazón el inventario lírico de la aldea.

\*

Siempre mira Azorín al hombre con óptica retrospectiva, tiene más poder para evocarlo que para pintar su imagen presente. Recordemos su visita a Manuel de Falla, cuya narración se lee en “Lecturas Españolas”. El músico vive en Granada y es como un ruiseñor dulce y ciego. Acompaña su soledad una sobrina de cabellos deslumbrante. Es una niña a quien el maestro enseña su música; está sentada al piano y ejecuta un preludeo cuando entra el visitante. Falla no se acordaba de Azorín, pero el timbre de la voz no le es desconocido ni extraño. Luégo el escritor nos dibuja el retrato del músico, mas parece arrancarlo a la lejanía o desarchivarlo de la memoria.

Por ello alcanza Azorín tan sugestiva perfección cuando nos cuenta, sintéticamente, la vida de los clásicos. Les da una actualidad que no es ésta que se escapa, inasible y torturante, por nuestros dedos, sino la actualidad de ellos y la de su tiempo. Actualidad evocada, dos veces actualidad: la de ahora y la de entonces. Actualidad eterna. Pero su pasión se concreta a dos épocas especialmente: el Siglo de Oro y el Siglo XIX. Sus hombres le son cordialmente familiares y los gestos de esos hombres tienen para él no

se sabe qué diabólica sugestión de belleza. Pero en todos encuentra la misma quejumbre, la misma inconformidad por la aplastante vida peninsular; y de tanto dialogar con esas sombras venerables también Azorín llega a plañir su lamento.

\*

Mirad un retrato de Azorín y encontraréis en su escuálida y lívida fisonomía la esencia de su arte. Los ojos azules, perdidos en lontananza, no escrutan el porvenir sino el pasado; la frente amplia y melancólica tiene la languidez de sus paisajes; la nariz, de lóbulos elásticos, parece husmear la anodina existencia de un quijote arruinado. Y mirad este otro rasgo: la boca de Azorín se pliega irónicamente. Es apenas un reflejo de su nativa ironía y de su desbordante escepticismo. Sus "Confesiones de un Pequeño Filósofo", donde nos cuenta con primor y melancolía los años de su infancia y las primeras revelaciones de su inteligencia, terminan con un apólogo de la raza canina. Y Azorín concluye con delicado donaire: "Cada can es un mundo. Esto se dijo del hombre; con más razón de los canes".

Por todo esto se ha dicho de Azorín que posa en gélido. Es verdad. Su arte también parece resentirse de gelidez; pero si vais al fondo, si no reparáis mucho en la forma, fría, sin metáforas ni ornamentos inútiles, podréis constatar el fuego interior que en él se esconde. Azorín es un introspectivo; su arte no es de exterioridades. Por eso desecha la esplendidez y el boato, dos grandes y deliciosas vanidades. Si alguna vez descubre, al pintar la figura de un hombre, un detalle exterior de su indumentaria o se detiene a observar una costumbre, es para penetrar más hondamente en la intimidad de su carácter.

\*

Azorín es por lo pronto el más inactual de los escritores españoles contemporáneos. También es el más pulcro. El idioma se ha decantado hasta lo increíble al pasar por las alquitaras de su crítica. No es que sea un puritano, ni un purista; tal vez es todo lo contrario, porque para él no hay palabra despreciable; todas son bellas. Todas tienen su íntima resonancia poética. Y él vive con el oído alerta para escucharla. Su inactualidad proviene de los te-

mas que trata. En esta edad de hierro, en esta época de las máquinas y la soberbia estatal, no se tolera un arte tan fino y tan miniado como el suyo; reclama ella grandes frases, frases resonantes y huecas y marciales arengas. Pero cuando trascurra esa efervescencia: cuando se evapore el estruendo de la técnica, entonces Azorín volverá con su doliente y encantadora poesía. Volverá porque las cosas humildes, cotidianas que él canta son la esencia de la vida de siempre, por más que ahora no queramos mirarlas.

\*

Nació Azorín en Monóvar, en la provincia alicantina, frente al mar y en tierra de viñedos, en 1874. Tiene, pues, en la actualidad 65 años. Su biografía, como su arte, no es extraordinaria por fuera. Los dramas de su vida siempre han tenido por escenario su espíritu. Vive ahora en París, emigrado de su patria y entregado a sus quehaceres intelectuales. Los años no han hecho sino modelar más finamente las características de su estilo.

\*

Cierro el libro de Azorín. En sus páginas he visto una España manca, tullida y valetudinaria. Pero también he mirado una España en trance de renovarse y estremecer la historia. Por eso quizás el mejor elogio de Azorín fuera decir que es el poeta de la decadencia española. Todos los poetas de decadencia son como él: perfectos, minuciosos y sensuales. Han rebasado una cima histórica: parece una edad para dar nacimiento a otra. El poeta es entonces el mártir de su tiempo; alarga una mano hacia el ayer, la otra hacia el mañana: muere crucificado. Y así se nos presenta Azorín. Por eso su lectura deja en el ánimo una pungente huella de melancolía; pero, ¡cómo no!, también suscita una esperanza inmarcesible.

**HECTOR FABIO VARELA**